

tendréis miedo á pasar una noche como el día que habéis pasado. *Noun*,—dijo dirigiéndose á su mulata, que escuchaba con terror,—vé á buscarme mi látigo; no estoy satisfecha de tí y mereces un castigo.

La desgraciada obedeció; sabía por resultado de larga experiencia que no se desobedecía impunemente á Cora.

—Ahora,—continuó ésta, siempre negligentemente, tendida en su hamaca,—ponte de rodillas.

Después, volviéndose hacia Jorge:

—Vamos, partid,—dijo,—puesto que voy á castigarla. Solamente os prevengo que mi puerta os será cerrada por ocho días.

—Me quedo, pero os pido gracia para esta niña.

—Sea; pero no más observaciones, no más resistencias. ¿No debes obedecerme?—añadió inclinándose hacia él y acariciándole con su mirada,—¿No soy tu *señora*?

Noun, muy contenta, fue á poner el látigo en su sitio habitual y se apresuró á retirarse, de miedo que á su ama no le diese algún nuevo arranque.

Aquella noche fue tanto más encantadora, cuanto que la mañana había sido agitada: con una mujer como Cora, la calma que sigue á la tempestad es siempre deliciosa. En el enervamiento del recuerdo Jorge no pensó que en el día de mañana y los siguientes podía traer funestas consecuencias lo que había hecho con Cora. Más tarde, cuando ella se mostró moralmente tal cual era, cuando él se vió obligado á reconocer la evidencia, y que ninguna ilusión cabía formarse, se contentó con murmurar estas palabras, pronunciadas tantas veces por los desgraciados á quienes la pasión domina y que no tienen conciencia de su cobardía: *¿Qué hacer? ¿No puedo vivir sin ella!*

Bien pronto Cora tuvo el placer de torturarlo en su amor y volverlo celoso hasta el delirio. No le engañaba; era demasiado hábil para cometer semejante falta. Sabía que en el ejercicio de la tiranía era preciso saber detenerse en ciertos límites. Este es de los suplicios que el esclavo más dócil y más

sumiso no sabe soportar; se levanta de pronto de su profundo letargo, rompe las cadenas que le sujetan y hiere á su amo. Si Cora le ponía en este caso, si se atrevía á hacerle sufrir una de estas afrentas, que un hombre honrado no sabe soportar, Jorge podía sacudir su cobardía, huir de la casa infiel, y para no ser tentado á volver, dejar bruscamente á Nueva-Orleans, yéndose en uno de los numerosos buques que la América envía todos los días á Europa. ¡Entonces ella no vería jamás esa Francia tan deseada, que él la había prometido hacerla conocer! No volvería á ver á él mismo, á quien quizás amaba! Pero sin engañarle, ella sabía inspirarle mil temores, y tener continuamente sus celos excitados. Si Cora hubiese sido bastante culpable, que él concibiese el pensamiento de dejarla, ponía las apariencias en contra suya para hacerle sufrir. Su tiranía, es preciso reconocerlo, era de las más francas: si se permitía mil coqueterías, le prohibía la menor relación femenina, hasta las más inocentes. Una tarde, paseaban por la calle de Orleans y se detuvieron delante del almacén de un armero, y la joven dijo de pronto:

—Cómprame un revólver.

—¿Para qué?—preguntó el amante sonriendo.

—Te lo diré más tarde; cómpramelo.

Cuando hubieron vuelto á su casa de la calle de San Felipe, ella cargó el revólver y poniéndolo sobre la chimenea, dijo á Jorge:

—Este arma te está destinada, no me abandonaré nunca, la llevaré á Francia, y el día que me engañes te levanto la tapa de los sesos,—añadió sonriendo.

El juró que no corría riesgo alguno, y encontró aquella broma lo más original.

El viaje á Francia, de que tan frecuentemente habían hablado y que debía haberse verificado en los primeros meses de sus relaciones, se encontró retardado por una larga enfermedad que tuvo el señor Hamel. Debía pagar á la fiebre amarilla el tributo que tarde ó temprano impone á todos los europeos. Se apoderó de él con extrema violencia; no

sucumbió á los primeros síntomas del mal, pero no pudo restablecerse por completo. Iba debilitándose todos los días, tratando en vano de luchar contra la languidez que se apoderaba de él. Al cabo de una lenta agonía sucumbió en los brazos de su hijo. Cuando éste hubo arreglado los asuntos de su padre y se hubo entendido con las gentes de la ley á propósito de la sucesión, Jorge, que nada le retenía ya en América, sino por el contrario, todo le llamaba á Francia, se embarcó en el *Zurich* con Cora.

En los primeros capítulos de este relato hemos visto su llegada al Havre y encerrarse con su madre en una habitación del Hotel del Almirantazgo, mientras que Cora, que ya había conquistado al hijo del armador del Havre, Víctor Mazilier, se dirigía con él hacia la Aduana.

XV

Víctor Mazilier había hecho entrar á Cora en una de las salas de la Aduana, y esperando que su compañera fuese llamada para abrir su equipaje, trató de distraerla y deslumbrarla con su conversación, de lo más fantástico.

—¿De modo, señora,—decía con aquel tonillo ligero y pretencioso que le era propio,—que no hacéis más que atravesar el Havre? Permitidme que os diga que cometéis una gran tontería. ¡Válgame Dios! No soy fanático por este puerto de mar que me ha visto nacer; si se exceptúa la calle de París, la escollera y sus muelles que son bastante animados, lo demás es una población de provincias, y las provincias me aburren. Pero podríais pasar, os lo afirmo, unos quince días muy á gusto. Estamos aquí unos cuantos jóvenes, hijos de familia, que tendríamos un verdadero placer en ofrecer os distracciones.

—No lo dudo,—contestó Cora sonriendo,—pero...

—Pero preferís ir á París. Eso es lo que yo deploro, en vuestro propio interés. Si estuviéramos en enero, os lo aprobaría; os pediría permiso para correr á mi casa á poner algunos billetes de mil francos en mi cartera y ordenar á mi criado que hiciese la maleta.

—¿Para qué?—preguntó la joven.

—¡Toma! Para seguirs; ¿creéis que después de haberos visto consiento en separarme de vos? Esto es imposible.

Cora quiso interrumpir; Víctor continuó:

—Pero estamos en la etapa más calurosa del año, y no se deja el Havre, donde nos reunimos, gracias al mar y á un templado clima, para ir á París que es un horno. Esto sería del peor gusto del mundo. Mis amigos del Circo no me lo perdonarían. Se dirían esta noche. *¿Dónde está Mazilier?—Ha ido á París.—Verdaderamente es increíble; no respeta nada, y quiere perder su reputación de gentleman. Hé aquí lo que temo y lo comprenderéis perfectamente señora... y á propósito; ¿debo llamaros señora ó señorita?*

—Señora,—contestó Cora.

—Y lo comprenderéis bien, señora,—continuó el joven Mazilier jugando con su bastón, como tenía por costumbre,—no puedo exponerme á producir una impresión tan mala.

—Os haré observar, señor,—dijo sonriendo,—que no os pido que me acompañéis.

—Evidentemente que no me lo pedís; pero permitidme que os diga, que si quisiera seguirs, no haría la tontería de consultároslo. Tomaría un billete en el tren... subiría al mismo coche que vos, os ofrecería mi manta de viaje; que vos no aceptaríais, y... ¿pero á qué decir todo esto? No puedo ir en este momento á París, y vos no debéis tampoco ir... nos quedamos.

—¿Cómo? No debo... ¿Y quién me lo impedirá?

—Vos misma renunciaréis, os lo juro. Sabed, señora, que París no está en París á fines de junio; está en los baños de mar, en las aguas, en el cam-

po Una mujer encantadora como vos, una mujer que se respeta, espera el invierno para dar sus primeros pasos en la vida elegante. ¿Quién encontraréis allí? Os pregunto. Burgueses, empleados de oficina, clérigos. No sabrías á quién hablar. Vamos á ver; ¿no es un deber para mí el enteraros de todo esto? Desembarcáis de América y no conocéis los usos de nuestro país, mi buena estrella me pone en vuestro camino y os encuentro encantadora, adorable, y...

—Me parece que me llaman para abrir mi equipaje,—dijo Cora.

—No, no; no os ocupéis de eso; ya vendrán á preveniros. El Havre,—continuó con la misma idea y mirando á Cora de soslayo para darse cuenta del efecto que iba á producir;—el Havre está en este momento tan lleno, tan animado, como París desierto. Sí, no temo deciroslo, los hoteles están llenos de gentes elegantes y millonarios. Sin ir más allá, el Hotel de Europa, donde he almorzado esta mañana, tiene dos miembros del *Jockey-Club* y varios banqueros de los más encopetados. No se encontraría ahora otro tanto en el *rond-point* de los Campos Elíseos, ni en la calle *Le Peletier*. Pero lo que nos falta aquí, como podréis observar, son mujeres bonitas. De cuando en cuando se ve alguna que otra tomar precipitadamente la diligencia de *Étretat*, ó el barco de Trouville ó de Honfleur, y esto es todo. De modo que estamos dispuestos á hacer todas las locuras del mundo para...

Felizmente fué interrumpido en el momento que iba á expresar de un modo, quizás demasiado claro, su pensamiento. Un empleado de la Aduana fue á advertir á Cora que solo quedaba su equipaje por revisar. Víctor Mazilier se apresuró á seguirla, felicitándose por el camino, de su perspicacia.

—No me he engañado,—se decía;—es una de las numerosas mujeres que la América nos envía todos los años. Viene á buscar fortuna á Francia. Como el viaje es caro, y tenía necesidad de un compañero de camino, se ha unido á ese muchacho, seducida por sus hermosos ojos. ahora ya está en tierra, y una

persona bien puesta, elegante, como yo, pongo por caso, que quisiera ocuparse de ella, no tendría mucho trabajo para sustituir al compañero de viaje.

Este razonamiento no era completamente falso; sólo algo exagerado. Cora antes de dejar á Nueva-Orleans, había vendido su casa de la calle de San Felipe, su jardín, sus esclavas, su viejo negro, su negra, sus dos mulatas. De aquella venta había sacado una respetable cantidad de dollars, cambiados por buenas obligaciones que llevaba dentro de su pecho, y gracias á esta pequeña fortuna, su conquista no era tan fácil como Víctor Mazilier había podido suponer. Además, que ella no se había decidido á abandonar á Jorge Hamel, á quien misteriosos lazos unían todavía. ¿La mayor parte de sus planes del porvenir, no estaban basados sobre la desgraciada pasión que había sabido inspirar á aquel joven?

Por otra parte, no se había decidido á amarle de un modo exclusivo, como había hecho en Nueva-Orleans. La Francia era para ella una especie de tierra prometida donde esperaba gustar todas las voluptuosidades. Bella, joven, seductora en lo posible, bastante inteligente, deseando corromperse, sin preocupaciones ni escrúpulos, dispuesta á todos los sacrificios útiles, podía pretenderlo todo. El sol oculto bajo los naranjos de su jardín, negligente-mente tendida en su hamaca, mecida por una de sus lindas mulatas y abanicada por la otra, veía en sus dulces sueños el porvenir que deseaba, despertar en París, la ciudad de las maravillas, en un rico departamento con artesonados dorados. Una berlina esperándola en la calle para conducirla al Bosque de Boulogne, ese sitio que todas las mujeres de Ultramar se atreven á envidiarnos, ellas que tienen florestas vírgenes á su alcance. ¿Llegaría al Bosque, llevada por caballos de sangre; cambiaría saludos y sonrisas con los hombres de alto mundo, con mujeres ricas, mujeres del mundo, mujeres blancas! ¿Por la noche tomaría sitio en los Italianos ó en la Opera, en las localidades principales, ella que no había entrevisto ningún espectáculo más que desde un tercer piso á través de una verja!

Para realizar enteramente este ensueño no la bastaba estar en Francia; le era preciso ser rica y llegar á esa especie de celebridad galante que tan ávidamente desean algunas mujeres. De modo, que las galanterías de Víctor Mazilier no la habían dejado insensible. Desde su primer paso sobre el suelo de Francia, desde su primera mirada arrojada sobre la multitud, un hombre, que parecía bien educado y que se decía rico, se había apresurado á correr hacia ella. Era un principio lleno de promesas para el porvenir. Confesábase que su nuevo compañero se expresaba bastante bien, y que sus proposiciones merecían seria atención. *Paris*, decía él, *estaba desierto en el mes de junio y era de mal tono el habitarlo.* ¿Por qué, pues, Jorge, quería llevarla allí? ¿Para encerrarla sin duda en alguna habitacioncita amueblada, aprovecharse de que ella no tenía ningún conocimiento, ninguna relación y acaparar su amor? ¿No era preferible para ella, quedarse algunas semanas en el Havre, con gran tono, en compañía del joven armador, y de los amables capitalistas de quienes les había hablado?

XVI

Reflexionando de este modo, Cora ponía su equipaje á las investigaciones de la Aduana. Por su parte, Víctor Mazilier inspeccionaba los baules de la joven, y al verlos atestados de ropa blanca, se dijo: *¡Diablo! ¡Diablo! Bien provista viene la muchacha. Su conquista podría presentar algunas dificultades.*

Cuando Cora hubo hecho visitar sus baules, fue preciso revistar los de Jorge, puesto que se había encargado de este cuidado y tenía las llaves. *¡Ah!*—se dijo Víctor Mazilier,— *el aspecto cambia. A las faldas siguen los pantalones, y á los cuerpos las levitas; estos son los efectos del compañero de viaje.*

Veamos si viene aviado convenientemente. Y se levantó sobre la punta de los pies, mirando con gran disgusto de Cora, que inútilmente trataba de ocultar aquel espectáculo. *Muchas corbatas, — continuó, — camisas finas, pañuelos bordados, un magnífico neceser de tocado; decididamente, será preciso poner los cinco sentidos para sustituirlo. Pero por una mujer como esta, estoy dispuesto á todos los sacrificios. Si es preciso, arruinaré á mi padre.*

Cuando la inspección de la Aduana hubo terminado, Víctor Mazilier, siempre atento, siempre galante, hizo transportar los equipajes á un carretón de mano y preguntó á la joven su dirección.

—Frente al Hotel de Indias, — contestó.

Y mientras se dirigían al Hotel, siguiendo al carretón, Víctor, que veía el momento en que su compañera iba á escapársele, hacía esfuerzos desesperados para retenerla.

—Señora, — la dijo, — no me dejaréis de este modo; no abandonaréis el Havre sin al menos haberlo visitado. Además, que después de lo que os he dicho de Paris, no iréis á habitarlo en este momento.

Cora se volvió y dijo con valor:

—Bien sabéis que no viajo sola, pues habréis podido observar que la mitad del equipaje no es mío.

Victor creyó deber hacerse el extrañado.

—¿Verdad? — dijo, — ¿á quién pertenece?

—Á una persona que ha venido de Nueva-Orleans conmigo.

—¿Y os abandona de este modo, después de vuestro desembarco, en país que no conocéis? ¿Es que está enfermo?

—Por el contrario, está muy bueno.

—Entonces, ¿no os ama?

—¡Oh! Sí, — murmuró.

El tono con que fueron pronunciadas estas dos palabras bastaba á Víctor Mazilier para formarse idea del estado en que se encontraba el corazón de Cora. Era evidente para él que estaba atada con débiles lazos al compañero de viaje. Como había sospechado desde un principio, dos meses de mar, mano á mano, habían producido el hastio en un

amor ya no muy impetuoso. Estaba fatigada, enervada, por aquel amor demasiado elocuente sin duda, y acababa de hacer traición del modo más claro del mundo, á aquella fatiga, á aquel enervamiento.

—¿Sería indiscreto...— dijo Víctor Mazilier, á quien la confesión que se había escapado á Cora daba fuerzas, — preguntándoos el nombre de la persona de que hablamos?

—¿Con qué objeto?— dijo, — no podéis conocerla.

—Es muy probable que la conozca, por el contrario. Los buques de mi padre van á menudo á Nueva-Orleans, yo tengo íntimas relaciones con los Capitanes que los mandan, y me enteran de todo lo que pasa por allá. Además, debo haceros observar, querida señora, que me es fácil procurarme la lista de pasajeros del *Zurich*.

—Es inútil,— dijo Cora.— Mi compañero de viaje se llama Jorge Hamel.

—Jorge Hamel... calla... conozco ese nombre... sí... no me engaño... es un francés; se me ha hablado mucho de él... ¿en qué circunstancias? ¡Ah! ¡Sí!... se trataba de un duelo, no me engaño, de un duelo, eso es, sí; se batió con un criollo de Nueva-Orleans y le mató. ¡Ah!... le conozco... se ha disputado bastante á propósito de eso. Unos dicen que obró mal; otros sostienen que tenía razón... Yo soy de la opinión de los primeros, porque un hombre de mundo, un *gentleman*, no se bate por una joven de color; ¿no es ese vuestro parecer?

—Enteramente,— dijo con audacia Cora.

Lejos de herirla aquellas palabras de Víctor Mazilier, eran una garantía más para ella. Probaban que no se abrigaba la menor sospecha acerca de su origen. ¿Qué le importaba á ella ahora hablar mal de las jóvenes de color? Desde que había puesto los pies en Europa, no formaba parte de aquella raza maldita.

—¡Ah! ¡Ah!— repuso Mazilier — es el famoso Jorge Hamel... Guapo, según me han dicho, pero sin gran elegancia, sin... Perdón,— dijo deteniéndose, — mi franqueza me lleva demasiado lejos; temo desagradaros.

—Seguid,— dijo Cora, animándole con una mirada.

Acababa de renegar de su casta, de su sangre, bien podía renegar de su amante. Envalentonado de este modo, Víctor continuó:

—Jorge Hamel, si no me engaño, es el hijo de un señor que, después de haber disipado su fortuna en Francia, fue allá abajo á comerciar. Vendía una porción de cosas al por mayor y á la menuda, lo cual no impedía que fuese admitida en la despreocupada sociedad americana. En Francia es distinto.

Cada una de estas palabras ocultaba una perfidia y un ensañamiento contra Jorge, y Cora, cuyo amor propio siempre herido, desde su infancia, hacía su agosto de cuanto oía.

—¡Ah! Vais á vivir á París los dos,— continuó el joven;— habitaréis sin duda algún barrio retirado, barrio de paletos; os veo desde aquí: una habitacioncita con una mujer para los quehaceres de la casa y recados. Iréis alguna vez al teatro, á asientos de anfiteatro ó al gallinero. En el verano, en vez de respirar el aire puro, de ir á los baños de mar, á las aguas, os pasearéis algunas veces, el domingo, en segunda por el ferrocarril de Auteuil... ¡Ah! Es que la existencia es muy cara en París... Es preciso vivir con privaciones cuando no se goza de una verdadera fortuna, y la del señor Hamel no puede ser muy considerable; adivino la cifra... verdad es que os amáis... — añadió con hipócrita sonrisa.

Hacia tiempo que habían descargado los equipajes y los jóvenes continuaban hablando en el portal del hotel. En las disposiciones en que se encontraba Cora, esta conversación tenía para ella gran interés. Víctor Mazilier la iniciaba en todos los detalles de aquella existencia de disipación y de lujo que tanto deseaba conocer. El le nombraba los hombres de más fama y las mujeres á la moda; le enseñaba por qué medios se puede llegar á tener en poco tiempo un rango en cierta clase de sociedad parisiense.

—El momento es admirablemente escogido para crearse una posición,— decía.— Todas nuestras grandes celebridades marchan á pasos agigantados

hacia una próxima decrepitud. ¡Oh! Si al principio del invierno, hacia el mes de Octubre, —añadía mirando á Cora, — una verdadera mujer, hermosa, buena moza, de mirada expresiva, de labios rojos, con ese acento dulcemente extranjero, que tanto nos gusta, hacia sus debuts en París, bajo la protección de todos los hombres elegantes y ricos, de quien antes hubiese sido amiga, ¡qué éxito, qué fortuna profetizaría á esa mujer!

El hábil corruptor no callaba, y como el tiempo pasaba y Jorge no volvía, Cora, que temía aburrirse sola en el hotel, había acabado por tomar el brazo de Víctor Mazilier; iban hablando, á pie, por la calle de París, deteniéndose delante de los almacenes, admirando los adornos y alhajas. Este lenguaje, aquellas palabras mágicas, el ruido de la calle, que desde hacía semanas no oía, aquel movimiento, aquella vida, aquellas caras nuevas, la vista de todos aquellos almacenes, la habían, por decirlo así, enervado. Bien pronto se sintió cansada y tuvo que aceptar el carruaje que la ofreció su compañero.

—Voy á enseñaros la costa de Ingouville, —le dijo, —es maravillosa. Hay allí encantadoras propiedades, ocupadas por millonarios que no piensan más que en comerse sus millones. Puedo presentaros á todo ese mundo. Para seros agradable, ¿qué no haría yo? ¡Sois tan encantadora! Os he amado desde que os he visto.

—No me habléis de este modo; os lo prohibo, —dijo la joven, —ó si no me vuelvo enseguida á mi hotel.

Pero él no cambió ni de tono ni de lenguaje, y el carruaje siguió lentamente la costa de Ingouville.

XVII

Durante todo este tiempo, Jorge, que se había arrancado al fin de los brazos de su madre, corría al Hotel de Indias y preguntaba por la dama que acababa de desembarcar del *Zurich*.

—La hemos visto ir en dirección á la calle de París, — le dijeron, — con el joven que ha hecho subir su equipaje á su habitación.

—¿Qué joven? — se preguntó Jorge sintiéndose palidecer. — Medijo que no conocía á nadie en Francia.

A las ocho de la noche Cora no había vuelto aún, y Jorge que se había hecho abrir su habitación, esperaba todavía. Dos veces, no pudiendo contener su impaciencia febril, devorada por los celos, había salido y recorrido todas las principales calles del Havre. No la percibió por ningún lado y había vuelto al hotel en la esperanza de que hubiese regresado durante su ausencia. Pasó por la portería del hotel sin preguntar nada, subió á su habitación, abrió la puerta, recorrió la cámara, y... nada.

Su madre le esperaba y no tenía valor para reunirse á ella. ¿Qué le hubiera dicho? ¿Podía hablarla como por la mañana, después de cinco años de ausencia, contestar á las mil preguntas que no cesaba de dirigirle, interrogarla á su vez, estrecharla en sus brazos, formar planes para el porvenir? No; su pensamiento no hubiera estado con ella. No hubiera cesado de pensar en Cora y preguntarse lo que le había ocurrido. Los celos no le dejaban un momento de reposo; desde que han penetrado en el corazón y reinan como soberano, no os dejan tranquilo, y os hacen insensible á lo que no sea la persona amada. ¿Qué de pensamientos asoladores, proyectos insensatos, atravesaron por su espíritu durante algunas horas! Se veía ya engañado, abandonado. ¿Iría á buscar al joven de quien el mozo del hotel le

había hablado, se batiría con él y le mataría como había matado á John de B?... O bien, como la existencia le sería insoportable sin Cora, como sentía que la amaba perdidamente y que no podría pasar sin ella, se mataría; sí, se mataría á sus ojos, para que su sangre salpicara el rostro de la ingrata. También le ocurrió preguntarse en su locura, si no la mataría á ella también.

¿Por qué no? No estaban casados; la ley no le daba ningún derecho sobre ella, pero ¿moralmente, no era su mujer? ¿No le pertenecía? ¿Es que no los ligaban uno al otro lazos sagrados? ¡Qué! ¿Ella podía infringirle mil suplicios, torturarlo sin compasión, hacerle sufrir como sufría en aquel momento, herirle en el corazón, y no tendría el derecho á su vez de vengarse, cartigarla, volverle golpe por golpe, herida por herida?

—No,—exclamaba el joven,—¡no me vengaré! no la heriré... la dejaré, la abandonaré sola aquí, y me marcharé esta misma noche á París. ¡Es una miserable! ¿Es que no la conozco hace tiempo?... ¡No quiero verla más! ¡He esperado bastante; me voy!

Se dirigió hacia la puerta y abrió descendiendo hasta el piso de abajo; pero de pronto subió precipitadamente.

—No; no,—decía,—es preciso que la espere para reprocharle su infamia, para decirle que no me volverá á ver más.

De pronto un carruaje se detuvo frente al hotel.

—Es ella,—pensó, y su palidez disminuía, latiendo su corazón con más violencia. En un segundo había encontrado ya mil razones para excusarla, para perdonarla. Corrió á la puerta y miró. No era ella y volvió á pasearse por la habitación.

Hubo un momento en que oyó ruido en la escalera y creyó reconocer los pasos de Cora. Entonces se sentó en una butaca, encendió un cigarro y trató de aparecer tranquilo, calmado y sonriente. Quería que no adivinase sus angustias. Deseaba interrogarla con calma, aun con indiferencia, para que ignorase el imperio que ejercía sobre él y no le ocurriese abusar.

Pero la persona que subía la escalera no se detuvo en la puerta; el ruido de los pasos continuó hacia arriba y no tardó en perderse. Las sonrisas de Jorge se desvanecieron, los colores que habían animado por un momento su rostro desaparecieron, y en un acceso de desesperación, ocasionado por las alternancias de temor y esperanza, quebrantado, enervado, no pudo contener los sollozos.

Sólo á las diez se abrió la puerta apareciendo en el dintel Cora.

Para formar contraste, sin duda, con la palidez de Jorge, su tinte estaba más animado que de costumbre, dándole un aspecto seductor. Algunos rizos de sus desordenados cabellos se escapaban de su toquilla de viaje y caían sobre su cuello; una encantadora sonrisa se dibujaba sobre sus labios rojos. Había en su mirada, ordinariamente lánguida, algo de determinación que daba placer de verla. Jorge no se apercebía de nada de esto; grave, triste, severo, sentado cerca de la chimenea, esperó á que Cora hubiese cerrado y dijo:

—¿De dónde venís?

—Vengo de comer,—contestó alegremente la joven,—y de comer bien á fe mía; en uno de los mejores restaurants del Havre; en casa Léter. Decididamente vuestra cocina francesa me gusta mucho; la prefiero á la cocina americana.

—¿Habéis comido sola?

—¡Sola! ¿Y lo pensáis? Una mujer instalarse sola en una mesa de un restaurant! ¿Es que se usa así en vuestro país?

—¿Con quién habéis comido?

Con un amable muchacho con quien he trabado conocimiento esta mañana, algunos instantes después de vuestra partida. Me ha prestado grandes servicios durante todo el día; me ha hecho ver los mulles, las calles, la plaza de la Comedia, el Museo, la casa de Ingouville.

Jorge la interrumpió con estas palabras:

—De modo que creéis que en Francia una mujer que se respeta pueda ir á pasear todo el día y comer en el restaurant con el primer advenedizo?

—¿Por qué no?—preguntó Cora sacando un mañojo de llaves de su bolsillo y abriendo un baúl.

—Porque eso no se hace.

—Es cierto que no hubiera pensado en aceptar los buenos servicios de ese señor si vos hubieseis estado conmigo, pero me dejasteis sola en compañía de mi equipaje y del vuestro y desaparecisteis.

—Estaba al lado de mi madre, ya lo sabíais.

—¿Qué me importa vuestra madre! no por eso estaba yo menos sola.

Jorge reprimió un movimiento de cólera y repuso:

—Podíais haberos quedado sola algunos instantes; á las cuatro ya estaba aquí.

—Yo á las cuatro,—dijo sonriendo,—iba en carruaje por la costa Ingouville. Se goza de una vista magnífica; si no la conocéis os la recomiendo.

Jorge no pudo contenerse más tiempo y exclamó:

—Pero desgraciada, ¿no sabéis todo lo que he sufrido durante las horas que acaban de transcurrir, mientras os paseabais mano á mano con un desconocido?

La joven acababa de encontrar el objeto que buscaba; lo sacó del baúl, y yéndolo á poner sobre un mueble, dijo tranquilamente á Jorge:

—Os ruego, querido mío, que no empecéis en Francia las escenas que me dabais en América; no estoy con humor de soportarlas. Además, es tarde, he dormido horriblemente durante las seis semanas de abordo del *Zurich*, este lecho me parece bastante bueno y me tiende los brazos, os ruego que me permitáis no desairarlo.

Guardó el joven un instante de silencio, se paseó á grandes pasos por la habitación para tratar de calmar su sangre que hervía, y dijo al fin á Cora:

—Sabed que nos vamos mañana al mediodía.

—¿Para dónde?—preguntó la joven.

—Para París.

—¿Quién lo ha decidido?

—¿No hemos convenido que apenas estaríamos un día en el Havre?

—Sí, pero yo me lo figuraba una ciudad fea, imposible. He encontrado por el contrario lindos pa-

seos, habitantes dispuestos á ponerse á mis órdenes, y he decidido quedarme.

—No puedo,—contestó haciendo un violento esfuerzo para guardar su sangre fría,—dejaré mi madre que vuelva sola á París.

—Pues bien, acompañadla.

—¿Os quedaréis con vuestro nuevo compañero, no es eso?

—¿Por qué no?

Tanta dureza, tanto cinismo, lo habían sublevado y estaba fuera de sí. Terrible, amenazador, avanzó hacia ella. Su cabeza siempre viva, su sangre joven, ardiente, excitada por una larga travesía por mar, eran malos consejeros y podrían llevarlo á alguna extremidad. De pronto, sin embargo, se detuvo. Acababa de decirse que una palabra imprudente, una amenaza, un gesto, le alejarían aquel corazón dispuesto á abandonarlo; un movimiento irreflexivo bastaría para separarlo para siempre de aquella mujer que era su vida, de aquella mujer, de quien sabía ya por experiencia, no podía pasar sin ella.

—¿De modo,—dijo cuando se hubo dominado,—que os quedáis en el Havre?

—Por el momento, sí.

—¿Sabéis si vuestra estancia se prolongará?

—Lo ignoro; dependerá de las distracciones que me ofrezcan.

—Muy bien; estoy perfectamente enterado.

Reflexionó un instante, pareció tomar una resolución difícil y dijo:

—Voy á ver á mi madre para participarle mis nuevos proyectos

—¿Cuáles?

—No la acompaño á París; me quedo en el Havre.

—¡Ah!—dijo Cora,—os quedáis; no lo esperaba. ¿Y qué razón daréis á vuestra madre para dejarla partir sola?

—No sé; lo pensaré.

—Será muy triste para ella.

—También lo será para mí; podéis creerlo. Pero vos os oponéis.

—Por nada del mundo; acompañad á vuestra madre á París; ya me reuniré á vos.

—No, —dijo el joven, —no tengo valor para dejaros en la disposición de ánimo que parecéis encontraros.

—Adiós y buenas noches, —añadió la joven disponiéndose á acostar, —estoy muerta de fatiga.

—Buenas noches, —contestó él.

En el momento en que iba á cerrar la puerta, Cora le dijo:

—Una pregunta. ¿Se está con seguridad en Francia, en las habitaciones de los hoteles?

—¿Por qué?

—Porque llevo valores, como sabéis; más de sesenta mil francos en obligaciones sobre banqueros de París.

—Si tenéis miedo, dádmelos.

—Tomad, —dijo Cora tendiéndole una carterita. —Me los devolveréis mañana. Pero ahora que me acuerdo, si quisieran robarme, podría defenderme; ¿no tengo en uno de mis baules el revólver que me disteis? Hacedme el favor de dármelo, está ahí, en la maleta... esa... y colocadlo aquí en la mesa de noche, al alcance de mi mano. Muy bien, gracias.

—¿Os devuelvo vuestros valores?

—No, guardadlos, puesto que ya los tenéis. Este revólver, —dijo sonriendo, —no servirá más que para defender mi persona si se vé atacada.

Las palabras que acabaron de pronunciar, entibiaron lo fuerte de la escena anterior. Ya Jorge se sentía menos irritado, dispuesto á perdonar, quizás, si ella hubiese querido.

Trató de cogerla una mano, pero ella metiéndola precipitadamente bajo la sábana, dijo:

—No, no, dejáos de ternuras. Tengo sueño. Buenas noches.

Jorge partió desolado.

¿Qué iba á decir á su madre para explicarla su larga ausencia? ¿Cómo, sobre todo, convencerla de que él se tenía que quedar en el Havre?

XVIII

La señora Hamel no se había acostado; esperaba á su hijo en la ventana. Se había asombrado de que tardase tanto en volver; al asombro sucedió bien pronto la inquietud. Desde el anochecer, estaba seriamente alarmada.

—¿Qué te ha sucedido? —exclamó cuando hubo vuelto. —Me has dejado por un momento y... ¡Ah! Esto está muy mal hecho en un día como hoy.

A Jorge le era preciso contestar, dar alguna explicación, inventar alguna fábula. Tuvo vergüenza de mentirla; además, si los amantes felices no tienen necesidad de confidentes, los que sufren, los que tienen el corazón hecho pedazos por el dolor, no pueden callarse, porque se ahogarian. La señora Hamel había sido siempre una amiga para su hijo; le había hecho sus confidencias de niño, más tarde, en ese lenguaje encantador inventado por los hijos para hablar de todas las cosas á sus madres, sin herir ninguna de sus delicadezas, él la había dicho todos sus secretos de joven. ¿Por qué, á pesar de los cinco años que acababan de transcurrir, no continuaban su vida en la forma que la habían dejado? ¿Por qué el hombre había de ser menos expansivo que el adolescente?

—No me interrogues, —dijo Jorge, dejándose caer sobre una silla, —porque no sé que contestarte. ¡Soy muy desgraciado! ¡Ay!

La madre se adelantó hacia su hijo, y tomándole las manos y mirándole de frente, le dijo:

—¿Qué tienes hijo mío?

Y como vacilase en contestar:

—¿No soy ya tu amiga, tu hermana? —dijo. —¿Has olvidado nuestras largas conversaciones de antes? Temes mis reconvenciones; no he sabido

nunca darte más que consejos, hijo querido... Habla, habla sin temor; tus dolores me pertenecen. Dínelo todo, te escucho.

Jorge obedeció. Contó toda su vida de Nueva-Orleans desde su terrible duelo con John de B... La dijo cómo habían empezado sus relaciones con Cora; en algunas palabras la describió física y moralmente. La conocía muy bien desde hacía tiempo y no se hacía ninguna ilusión sobre aquel particular; el retrato que trazó fué de los más parecidos. Dijo también cómo se había visto obligado á traerla á Francia, de qué manera se había portado durante la travesía; sus coquetías con los pasajeros y los oficiales de á bordo; en fin, la ligereza de su conducta desde su llegada al Havre.

— ¡Ah! — exclamó el joven cuando hubo terminado su largo relato, — ¡la desprecio y la amo! ¡La odio y la adoro! No puedes comprenderme, madre mía; las personas honradas no admitirían jamás tales sentimientos, y sin embargo, existen puesto que los experimento. ¡No puedes figurarte el imperio que esa mujer ha tomado sobre mi razón, sobre mi alma! Mi padre en el momento de morir me hizo prometer que no la traería á Francia. ¡Pues bien, la he traído faltando al más sagrado de los juramentos!... ¿Crees ahora en mi amor por ella? ¡Y ella no me ama! No. Había conservado aun algunas ilusiones, pero hoy se han disipado... ¡Ah! ¡qué feliz sería al verme partir á París y quedarse aquí sola!

La madre le interrumpió exclamando:

— ¡Qué! ¿No partes mañana conmigo?

Jorge la estrechó entre sus brazos, y cubriéndola de besos le dijo:

— ¡Ah! ¡Está mal, está muy mal hecho! lo sé. ¡Apenas te he encontrado y pensar ya en separarme de tí! Pero si parto, si la dejo sola en el Havre un solo día, me la toman, me la roban... ¡y es tan hermosa! Déjame defenderme, déjame conducirla á París. Quizás no esté todo perdido, quizás en el fondo de su corazón quede un poco de afecto por mí... Me exagero sin duda sus defectos, ya ves... Además, allá en París, cuando esté cerca de tí, cuando haya vuelto

á mis antiguas costumbres, encontraré más fuerzas para dejarla. Aquí me es imposible. No me pidas eso.

— ¡Ah! ¡Desgraciado hijo mío! — dijo, — te lo pediría de rodillas, llorando, si pudiera esperar que mis súplicas, que mis lágrimas te conmovieran. ¿Qué haré para arrancarte del peligro que corres? ¡Estás perdido, óyelo bien, perdido, — añadió de pronto, — si no tratas de vencer esta fatal pasión!

— La venceré, madre mía, te lo juro.

— Entonces no parto, me quedo aquí, contigo; quiero darte fuerzas contra tí mismo. Mis súplicas acabarán por conmoverte; volverás á tu madre. No me has sido devuelto para que te pierda.

Hablaron largo tiempo todavía; el alba nacía cuando se despidieron para descansar algo, que mucho lo necesitaban.

XIX.

A la mañana siguiente, á las nueve, Jorge entró en la habitación de su madre, cuya señora ya se había levantado.

Esta no quiso confesarle que no había dormido en toda la noche, y le contestó:

— ¡Qué feliz sería hoy sin tus tristes confidencias de anoche!

— No te alarmes, madre querida, — contestó Jorge; — quizás el peligro no es tan grande. Ayer estaba enfermo, medio loco; hoy me siento mejor, veo las cosas más fríamente y estoy menos inquieto.

— ¿Esperas aún que te ame? ¿piensas atraerla hacia tí?

— Nada de eso; espero sencillamente, gracias á tu ternura y á un poco de mi razón, en el porvenir, pasarme sin ella.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡si dijeras la verdad!

—Esta noche, despues de haberte dejado, repasé mi vida con esa mujer desde hace dos años. A excepción quizás, de los seis primeros meses, esta existencia ha sido un verdadero martirio. No sé de donde he sacado la fuerza, ó mejor dicho, la debilidad para soportar todo lo que esa mujer me ha hecho. Si no tomo una resolución enérgica, corro, como me decías muy bien ayer, un verdadero peligro: en un momento de cólera, de exaltación, soy capaz, lo siento bien, de hacer algún desatino.

—¿Qué dices?

—No te inquietes; razono fríamente mi estado; estoy, pues, ahora fuera de peligro.

—¿Entonces partiremos hoy?—preguntó la dama, —¿esta misma mañana?

—No esta mañana; pero quizás sí esta tarde.

—Ten cuidado en debilitarte durante el día!—exclamó la señora Hamel.

—No; está tranquila.

—Te suplico, —replicó la madre como si una especie de presentimiento la atormentara, —que nos marchemos al medio día como habíamos proyectado; ¡no vuelvas á verla!

—Es imposible, querida madre; tengo desde luego que devolverle importantes valores que no confiaría á nadie; despues, quiero verla, hablarla, decirle que decididamente no cuente conmigo.

—¡Ah! Esperas todavía. Crees que tus discursos la harán reflexionar.

—Te juro que no; mi resolución está tomada. Dame todavía hoy, y mañana soy todo tuyo. Tu hijo te será devuelto.

Cuando la dejó, el joven estaba casi tranquilizado; tan calmado, tan persuadido parecía de la necesidad de una ruptura, tan decidido á provocarla.

—Vuelve pronto, —le dijo su madre acompañándolo hasta la escalera, —ya sabes que me lo has prometido.

—Te lo juro, me verás en breve; te amo mucho, —la dijo enviándole un beso con la mano.

El joven hablaba de buena fe; iba decidido á romper su cadena, á recobrar al fin su libertad perdida.

En estas excelentes disposiciones llamó algunos minutos despues en la puerta de Cora.

—Entrad, —dijo una voz.

El joven entró. Cora, en el tocador, á pesar de lo temprano de la hora, se disponía para salir. Estaba deliciosamente vestida, no á la última moda parisiense, pero con un gusto exquisito. La excelente noche que acababa de pasar había reposado su tez, vuelto á sus ojos su lánguida expresión, el color rojo á sus labios, cuyo brillo habían disminuído las fatigas de una larga travesía. Su traje hacía resaltar la elegancia de su talle y el desarrollo de sus caderas; su cuerpo, muy ceñido, dejaba adivinar las riquezas de su pecho, á través de una ligera gasa, que aun no había cubierto con ninguna otra prenda, se apercibía una espalda perfectamente modelada; pequeñas botinas, de alto tacón, ceñían un pie encantador, verdadero pié de criolla, pequeño, elegante. Jamás Jorge la había encontrado tan linda, tan completa. En Nueva-Orleans salía muy poco y pasaba casi todos los días con ligeros trajes, especie de batas de percal, anchas y flotantes, á estilo del país; durante la travesía se había cuidado, naturalmente, poco de su tocado. La víspera del desembarco se había desnudado, presentándose á su amante bajo un nuevo día.

—¿Salís?—le preguntó Jorge, despues de haberla contemplado un instante.

—Ya lo veis, —contestó la joven acabando de vestirse. —No me pondría tan linda para quedarme en esta habitación.

—¿Sería indiscreto preguntándoos á dónde vais?

—Os lo diría, pero no sé nada. Se me ha hablado de visitar grandes buques.

—¿Y no os ha ocurrido la idea de deciros, —repuso Jorge, —que era más natural pasearos conmigo que con otras personas?

—No; hubiera sido preciso arrancaros de la compañía de vuestra madre, y yo respeto mucho la familia.

—Mi madre me ha devuelto la libertad por todo el día; estoy á vuestra disposición.

—Me prevenís demasiado tarde; he aceptado otros ofrecimientos; lo siento.

El joven sintió que no iba á contenerse, y por lo tanto iba á faltar á las promesas hechas á su madre; calló y contentóse con mirar á Cora. Era quizás la última vez que la veía; decididamente no podía, sin abandonar toda su dignidad, aceptar el papel que se le imponía, tolerar la vida independiente que ella pretendía llevar en menosprecio de las más rudimentarias conveniencias. Sin preocuparse de la impresión que produciría, Cora se arrojó una mantilla sobre sus espaldas se puso sus guantes, cogió una sombrilla y dirigiéndose con aire deliberado hacia la puerta, dijo á Jorge:

—¡Hasta la vista!

El tuvo una especie de cegamiento y dió un paso para impedirle la salida. Pero deteniéndose de pronto y encogiéndose de hombros se dijo:

—¡Bah! No vale la pena de que luche con ella.

La dejó alejarse y descendió tranquilamente la escalera sin preocuparse ni tratar de saber por qué lado se había ido. ¿Qué le importaba? ¿Había decididamente acabado! Había llegado la ruptura dulce, sin gritos, cólera, recriminaciones inútiles, sin ninguna explicación siquiera. Ella se iba por su lado, y él por el suyo. Hacía dos años que no se había sentido tan ligero, tan alegre y tan libre de toda preocupación y de todo temor. Al fin, ya era libre! No más cadenas, no más torturas! Le parecía que acababa de librar á su corazón de un peso enorme.

Se dirigió alegremente y con paso regular hacia el muelle. De pronto oyó dar horas en el reloj de la plaza del Museo.

—Si sólo son las once,—se dijo,—tengo aún tiempo de meterme en un coche, ir al hotel á por mi madre y marcharnos para París en el expreso de este medio día.

En efecto, al dar la undécima campanada, el reloj calló y Jorge se dirigió precipitadamente hacia un coche de punto que estaba estacionado en el muelle. En el momento de irlo á tomar, se acordó de pronto

que se había olvidado de devolver á Cora los valores que le confió la víspera. Era imprudente dejar este depósito en el hotel; de todas maneras esto le llevaría tiempo y se escaparía el tren.

—Partiré esta noche,—se dijo,—nada me corre. Voy á buscar á mi madre al hotel y sacarla á paseo. ¡Pobre madre querida! ¡qué feliz es en verme! Duda de mi formalidad, y cree haré una tontería. En cuanto sepa que he arrojado de mi corazón hasta el recuerdo de esa mujer... No la odio, ni siquiera la desprecio; me es indiferente.

Acababa de tomar la calle de París con el objeto de ir al Hotel del Almirantazgo por una transversal. Al pasar por delante de una especie de tienda de ultramarinos, que tenía al mismo tiempo uno de los restaurants más apreciados de ciertos habitantes del Havre, oyó risas y levantó la cabeza.

Cora estaba acomodada sobre la balaustrada de una ventana del primer piso; detrás de ella y apoyado de cierta manera sobre su espalda, se percibía á un joven de veintidós á veinticinco años, vestido elegantemente y con el cigarro en los labios. En el fondo del gabinete aparecían cuatro ó cinco jóvenes más.

A esta vista, Jorge se sintió palidecer y tambalear. La completa indiferencia con que consideró un momento antes á Cora, se desvaneció de pronto. Sus bellas resoluciones le abandonaron. Los malditos celos acababan de morderle el corazón de un modo terrible.

XX

De modo que ella estaba allí, en un restaurant, en compañía de jóvenes á quienes la víspera no conocía. Uno de ellos murmuraba á su oído dulces promesas, la miraba desvergonzadamente, se atre-

vía ó oprimirle el talle, y en el fondo del gabinete los demás convidados estaban sin duda dispuestos á reemplazar á su amigo cerca de ella y á defender á su vez su candidatura. ¡Y á aquella mujer él la había amado dos años, la había adorado! Por su causa se había puesto en choque con toda la sociedad americana y expuesto su vida en un duelo terrible; por ella había matado á un hombre. Era aquella mujer, á quien había consagrado su vida, la que á sus ojos, á los de todo el mundo, se atrevía á engañarlo de aquel modo. ¿Tenía derecho de obrar así? ¿Debía tolerar él semejante conducta? En la travesía que acababan de hacer en el *Zurich*, pasó por su mujer; se la llamaba la señora Hamel. Había desembarcado con ella; sus equipajes estaban aún en la misma habitación; mil lazos los unían todavía. ¿Qué papel, estaba, pues, representando? ¿Qué opinión formarían de él todos aquellos jóvenes? ¿Que dejaba á su querida correr de aquel modo á su gusto, él se la abandonaba, se la entregaba! Se podía sospechar que gozaba de aquella libertad, de acuerdo con él; en vez de decir que era débil, que era cobarde, ridículo, se le podría acusar de infame. No; debía protestar contra aquella odiosa conducta ante todos los jóvenes, coger aquella mujer, obligarla á aceptar su brazo y conducirla al hotel, y allí, enseguida, anunciarla que la dejaba, y partiría para París recobrando su libertad. Pero mientras estuviera en el Havre, en tanto que su ruptura definitiva no tuviese lugar, el honor le ordenaba reclamar sus derechos y hacerlos respetar.

En un segundo su resolución fue tomada; era preciso entrar en el restaurant y llamar á Cora. Si se negaba á hablarle, ó si después de haberle hablado, se negaba á seguirle, sin ruido y sin escándalo la trataría delante de todos como se merecía, y aunque tuviese que emplear la violencia saldría con ella, ó bien obligaría á sus compañeros á cederle el sitio. En el momento en que franqueó los umbrales del restaurant, una reflexión le detuvo:

—Son cinco ó seis jóvenes, y además los mozos á su servicio; si se les ocurre ponerme de patitas en

la calle hago el ridículo á sus ojos y á los de Cora. Debo poder imponerles respeto, impedirles que me hagan ninguna jugada de esta índole. Para esto me es preciso un arma, la más inofensiva, porque no cuento hacer uso de ella... Si fuera al hotel á coger el revólver que habrá quedado sobre la mesa de noche de Cora... No; es un arma demasiado peligrosa, la menor presión del dedo hace escapar el disparador... Quiero, si esos señores me obligan, intimidarlos, sin herir á ninguno.

Estas reflexiones le decidieron á comprar en casa del primer armero que encontrase, una pistola de bolsillo. Pero en provincias, cuando no se es conocido, no es tan fácil como en París comprar ciertas armas. Las pistolas de bolsillo están además incluídas en la categoría de *armas prohibidas*, y si el reglamento debía cumplirse con escrupulosidad, los armeros no podían venderlas más que á las personas provistas de la competente autorización. El á quien Jorge si dirigió, creyó notar que el cliente que acababa de entrar en su almacén no gozaba de toda su sangre fría; temió comprometerse ó ser causa de algún accidente, y se excusó con su comprador pretendiendo que sus pistolas no estaban en estado de ser entregadas en aquel momento.

Esta pesquisa sin resultado tuvo muy triste influencia en el destino de Jorge Hamel, del modo cómo fue interpretada algún tiempo después, de manera tan deplorable para él, que no podemos pasarla en silencio. Desairado por el armero, Jorge remontó la calle de París, con el proyecto de prescindir de la pistola y entrar atrevidamente y sin más vacilación en el gabinete en que Cora almorzaba en alegre compañía, cuando le pareció ver dos carruajes detenerse delante de la casa á que se dirigía. Apretó el paso para llegar pronto, pero antes de hacerlo, cinco personas salían del restaurant; tres de ellas subían en el primer coche, y las otras dos, Cora y el joven á quien Jorge había visto media hora antes á su lado, se instalaba en el segundo.

Era demasiado tarde; mientras Jorge perdía el